

SEAN YOUNG

BARRABÁS

lóveda

Título original: *Violent sands*
Editado en USA por Breakneck Books, 2006
www.breakneckbook.com

Primera edición: 2011

© Sean Young, 2006
© traducción: Lorenzo Luengo, 2011
© de esta edición: Bóveda, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-9374430-5-5
Depósito legal: M-XXXXXXX-2011
Impresión: Dédalo Offset, S. L.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización.

ÍNDICE

1	11
2	29
3	56
4	78
5	98
6	122
7	133
8	159
9	185
10	207
11	230
12	256
13	279
14	302
15	316
16	340
17	357
18	373
19	381

20	395
21	410
22	435
23	458
24	483
25	510
26	533
27	540
28	571
29	601
30	620

Para mi esposa, Carolyn

1

E NVUELTO EN LAS FANTASMALES SOMBRAS DEL MERCADO, VACÍO A aquella hora, Simeón vigilaba atentamente el cuartel militar de Jerusalén, situado al otro lado de la calle. Una esquiva luna asomó por unos instantes tras el espeso manto de las nubes. Simeón se tensó. Siempre se sentía más cómodo en la oscuridad. El resplandor lechoso de la luna iluminó entonces a un solitario mendigo que cruzaba la calle. Simeón reparó en el desorientado arrastrar de pies de aquel hombre, interrumpido por pausas intermitentes, al levantar la vista hacia las descabaladas callejuelas que confluían en el mercado.

No te acerques aquí. Contuvo la respiración, impaciente por que el vagabundo pasara de largo. Se cubrió con la capucha para ocultar el reflejo de sus ojos, al tiempo que sus dedos se enroscaban instintivamente en el mango de marfil del cuchillo que llevaba al cinto. El mendigo prosiguió su camino y la luna desapareció tras las nubes. Simeón se relajó una vez más.

Ruidos. Volvió ligeramente la cabeza. Legionarios romanos. Era imposible confundir el repiqueteo de sus botas tachonadas, pero esta vez, además, sus estentóreos, discordantes cánticos advertían a Simeón de que ya se habían gastado el monto de su soldada en las tabernas de Jerusalén. Tal y como él había anticipado.

—Shhh —chistó uno de los legionarios mientras se aproximaban a las puertas—: el centurión todavía podría andar por ahí.

Los soldados entraron en el cuartel. ¿Dónde estaba Barrabás? Simeón aguzó la mirada en la oscuridad. Aún no había rastro de él. *Paciencia. Llegará a tiempo.*

Tan pronto los legionarios hubieron desaparecido, un áspero susurro surgió de entre las sombras, a su espalda:

—Dios nos sonrío esta noche, Simeón. Incluso oculta la luna para allanarnos el camino.

Simeón frunció el ceño, irritado, pero no respondió. Yochanan era joven, pero eso no era ninguna excusa. El silencio era fundamental.

—Barrabás no nos decepcionará —musitó una segunda voz—: él solo se bastará para darnos la victoria esta noche.

—¡Silencio! —siseó Simeón—. Por lo más sagrado, aulláis como plañideras en un funeral.

Calló, desafiando sin palabras a sus compañeros a que volvieran a abrir la boca. Hecho lo cual, devolvió su atención al cuartel emplazado al otro lado de la calle. Dos guardias romanos, contó. Aquello era lo único que les separaba de la victoria. Tan pronto como su hermano traspusiese aquella barrera, comenzaría el caos.

Un ruido a metal contra metal lo alertó de una nueva presencia. Alzó la vista hacia la calle, en dirección opuesta, y vio el parpadeo de una solitaria lámpara de aceite. La luna surgió unos instantes, y Simeón pudo ver la silueta de un hombre tras la trémula llama. Observó cómo el soldado se tambaleaba en su ascenso por el irregular adoquinado. El legionario dejó escapar una maldición, y Simeón sonrió. *Al fin*. Barrabás se había tomado su tiempo, pero por fin estaba allí.



Decimus aspiró por la nariz.

—El aire comienza a despejarse.

Poco antes, un humo acre surgido de miles de hornos de madera se había extendido como un velo por toda la ciudad de Jerusalén, pero la fría brisa occidental se había llevado las nubes hacia el este. Decimus lo agradeció. El aire fresco contribuiría a mantenerlo despierto.

A su lado, Servius se estiró, suspirando:

—Ya ha pasado el toque de queda. ¿Crees que están todos?

—Al menos la mayoría. Aunque en los días de paga siempre hay algún rezagado.

Servius se frotó las manos para conjurar el ligero frío de la noche.

—¡Qué pérdida de tiempo! Debería estar por ahí con ellos, disfrutando de mi dinero. Pero no, van y me meten una guardia, y para colmo en el segundo turno.

—Vete acostumbrando. —A Decimus aquello le traía sin cuidado. Ya hacía mucho que se había habituado al tedio de las noches de guardia.

—¿Insinúas que a ti no te importa?

—Después de catorce años y medio, ya nada me importa.

Servius asintió:

—Así que solo te quedan seis meses.

—Cuatro, si hago tres noches de guardia por semana y una cada día de paga.

El joven ensanchó una sonrisa.

—Estás loco por volver a casa. ¿Cómo se llama la chica?

Decimus sonrió:

—Patricia. Vive en Brundisium, y te aseguro que nunca has visto una belleza como ella.

—¿Estará en edad casadera para cuando vuelvas?

—Cumplirá dieciocho este año.

Servius alzó las cejas, y Decimus sintió que la sangre afloraba a sus mejillas:

—Tendríamos que habernos casado hace años, pero cómo, teniendo por medio el servicio militar y todo eso...

—¿Y qué planes tienes para tu vuelta a casa?

—¿Aparte de casarme y formar una familia? —Decimus agradeció el cambio de tema—. Siempre he pensado que la única ocupación noble de todo hombre es faenar en el campo. Mi padre ya me ha comprado unas tierras. ¡La casa es fantástica! Parece una villa. Está un poco destartalada, pero cuando la arregle, seré la envidia de toda Roma.

—¿No vas a echar de menos la vida militar?

Decimus se encogió de hombros.

—En cierto modo, sí. —*Del mismo modo en que echaría de menos un dolor de muelas.* Decimus no se atrevía a expresar a las claras sus verdaderos sentimientos, por temor a ser tachado de traidor al emperador.

Afuera, un pie rozó los adoquines de la calle.

—Cuidado. Tenemos compañía.

Decimus recorrió las sombras con la mirada, hasta distinguir el parpadeo de una solitaria lámpara de aceite abriéndose paso hasta el cuartel.

La luna emergió unos instantes, haciendo que su luz perfilase la silueta que portaba la lámpara. Era una figura alta y corpulenta, pero fue el uniforme de la legión lo que llamó la atención de Decimus:

—Ese tipo está pidiendo a gritos pasar la noche en el calabozo.

Le sorprendía enormemente que un soldado pudiera ir por ahí en tal estado. El casco de metal estaba inclinado hacia la izquierda, con la cimera arqueada en dirección al suelo. El cinto del hombre se hallaba tan suelto que las tres tiras tachonadas de cobre se le descolgaban por la cadera izquierda. Resultaba evidente que el tipo se había desabrochado el cinturón a causa de la enorme cantidad de vino que sin duda había trasegado.

El soldado tropezó y se tambaleó hacia la derecha. Su espada, recta y corta, vibró como una vieja y oxidada veleta en la parte posterior de su cadera izquierda; el cuchillo casi lo llevaba a rastras justo en el lado opuesto.

—Si este hombre tuviera que defenderse, estaría muerto antes de que pudiera encontrar la empuñadura de su espada —murmuró Servius.

Por lo general, Decimus solía hacer la vista gorda con quienes llegaban tarde. Eran sus camaradas y estaban lejos de casa, y tenían derecho a disfrutar de sus ganancias una vez al mes, pero aquel legionario se había pasado de la raya. El hombre avanzó entre tambaleos hacia la puerta, llevando hasta Decimus un punzante aroma a vino rancio. Debía de haberle caído más vino en el uniforme del que había alcanzado a consumir.

—Ave —gruñó el hombre hacia Decimus y su compañero.

—Ave. —A Decimus le resultaba difícil ocultar su desprecio—. Parece que ha sido una novecita dura para los taberneros.

—Tanto como cualquier día de paga. —El hombre hipó, y acto seguido lanzó un gruñido—. Por la mañana me arrepentiré de esto.

—Apuesto a que tanto como cualquier día de paga. Eres nuevo aquí, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros y asintió:

—No llevo aquí mucho tiempo.

—Permíteme un consejo, amigo. Jerusalén es una ciudad en estado de guerra, atestada de insurgentes. Si uno de ellos se topa con un soldado solitario demasiado borracho como para defenderse, quizá le dé por pensar que vale la pena pasarlo a cuchillo.

—Lo tendré en cuenta. —El hombre se volvió para entrar en el cuartel.

—No tan deprisa. —Decimus dejó caer una mano en el hombro del legionario. El tipo se tensó y de una manotada se deshizo del apretón. Los nervios de Decimus se erizaron en señal de alarma. La reacción de aquel extraño había sido demasiado rápida, y el calor de su cólera demasiado intenso.

Dedicó al soldado una mirada más atenta:

—¿Cuándo dices que llegaste aquí?

—Anteayer. Con el manípulo de la trigésimocuarta Legión de Cesarea.

A Decimus se le aceleró el pulso. Era un error insignificante, pero un error al fin y al cabo. Sonrió y sacudió la cabeza con pesar:

—Tus informadores olvidaron mencionar un cambio de planes. El manípulo que recibimos procedía de Antipatris.

Miró a Servius, que se desplazó hacia la derecha del hombre, atenazando con la mano la empuñadura de su espada.

Decimus tomó una profunda bocanada de aire.

—¿Piensas que somos tontos? Sabemos todo cuanto concierne a vuestros espías en Jerusalén.

El hombre no dijo nada, pero le mantuvo la mirada en un hosco gesto de desafío.

—¿Quién eres, y qué es lo que buscas en el cuartel romano? —le interrogó Decimus.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. El hombre se precipitó hacia delante, acompañándose de un giro. Decimus saltó hacia él, y desenvainó la espada en un gesto defensivo. No le dio tiempo a descargar su mandoble. El impostor, en cambio, sí pudo volverse hacia Servius. Su espada asomó tras él, ofreciendo su empuñadura a los dedos que la reclamaban.

Servius atacó la garganta del soldado, pero el hombre se agachó bajo la embestida de la hoja al tiempo que giraba. Trazó un limpio arco con su espada, abriendo una estrecha línea en el estómago del joven legionario. Servius ahogó un gemido de sorpresa y retrocedió ante el ataque. Decimus vio su oportunidad y se abalanzó sobre la desprotegida espalda del hombre. Demasiado tarde. El impostor basculó sobre sus pies y evitó el mandoble. Dirigió entonces su espada a la parte inferior del peto de Servius. La hoja se hundió profundamente, en un golpe letal. Ningún hombre podía recuperarse de aquello.

La rabia embargó a Decimus. *¡Servius era un niño!* De nuevo la emprendió a mandobles contra el hombre, pero sus embestidas solo acertaron a cortar el aire. Su ataque le hizo perder el equilibrio.

Los movimientos de su oponente eran casi un borrón. Tras dejar su arma enjarretada en el torso del joven legionario, giró rápidamente a la izquierda. Una vez más, Decimus se abalanzó sobre el intruso. Era como intentar matar a un fantasma. El hombre se agachó y rodó sobre sí mismo, poniéndose en pie con un movimiento fluido y el cuchillo desenvainado. La lámpara se estrelló contra el suelo, derramando un charco de aceite; aquello hizo que la llama se apagase.

De pronto, Decimus se dio cuenta de que se había abierto demasiado a su enemigo y este ya había penetrado en su línea de ataque. Intentó defenderse con la espada, pero el hombre se movía con él. Lanzó una estocada dirigida a los riñones del soldado. El hombre le atrapó el brazo por la parte interior del codo, inutilizando así la extremidad atacante. Un momento después la hoja de acero penetró las costillas de Decimus. El pecho se le inflamó de un calor atroz. Un puño le oprimió la garganta con la fuerza de una maza, ahogando el grito que hubiera alertado al resto de los centinelas y arrancado al ejército de su sueño.

Decimus se tambaleó hacia delante y tropezó. Su cabeza y hombros golpearon el adoquinado mientras el aire abandonaba sus pulmones. Al margen del impacto, apenas sintió nada. Yacía en el suelo, boqueando sin aire, pero ya no iba a recuperar el aliento. El punzante dolor en el pecho dio lentamente paso al embotamiento, y sintió que la vida comenzaba a alejarse de él como el reflujó del mar. Presa del horror, miró los ojos pálidos, dorados de su rival. Su retiro en cuatro meses, su granja, su familia: nada de eso existiría ya. Lo último en lo que

Decimus pensó en el oscuro cabello fluvial de Patricia, ondeando en la ligera brisa que azotaba la playa de Brindisi, cuando le despidió desde la orilla al verle zarpar por última vez rumbo a Palestina.



Barrabás dedicó una mirada hostil al cuerpo del legionario de más edad. *No podías dejarlo correr, ¿verdad?* Sacudió la cabeza. Esto lo cambiaba todo. El plan dependía de pasar desapercibido ante los centinelas. Ahora había dos muertos en el puesto. ¿Cuántos minutos faltaban para que los descubriesen? Quizá lo mejor sería suspender la misión. No, eso nunca. No había llegado tan lejos solo para dar media vuelta ante las puertas del cuartel. ¿Cuántos minutos? ¿Cinco? Diez como mucho. Merecía la pena intentarlo.

Se volvió sobre sus talones y sacó la espada del cuerpo del primer legionario. A este lo ocultó tras una de las estrechas columnas jónicas que flanqueaban la entrada al cuartel. Luego alzó el cadáver del hombre y lo dejó caer sobre la columna. Gruñendo, lo apoyó contra el frío mármol del pilar. Como un costal de plomo fundido. Nunca dejaba de asombrarle que el cuerpo de un muerto pareciera pesar mucho más que el de un vivo.

Tras regresar por el segundo legionario, se detuvo un momento a examinar su obra. Había que estar ciego para dejarse engañar por aquello. Pero podría darle los preciosos segundos que necesitaba para cumplir su tarea.

Cogió una espada limpia del mayor de los legionarios. Un soldado que se desplazase por el cuartel con una espada ensangrentada sería causa segura de alarma. Barrabás se demoró unos segundos en volver a encender su lámpara de aceite utilizando una de las antorchas que había en el muro. Luego se adentró apresuradamente en el cuartel.

El interior del edificio era un laberinto de corredores y puertas. Barrabás se dirigió al sur. Le daba igual qué camino tomar, mientras lo alejase de la entrada. Dejó atrás varias puertas y giró a la izquierda, luego a la derecha, adentrándose más y más en las entrañas del cuartel. Un tenue resplandor emanaba de cuatro antorchas que colgaban de la pared, a punto de apagarse. Barrabás aprovechó aquella débil luz para

aguzar la mirada. El pasillo era estrecho y apestaba a humedad. Había algunas puertas bastante próximas unas a otras: posiblemente se trataba de oficinas o habitaciones privadas para los oficiales de más alto rango. Probó la primera puerta que se abría a su derecha. Esta gimió al abrirse, y Barrabás tuvo que contener el aliento. ¿No era posible construir una puerta que no hiciese ruido? El interior mostraba lo que sin duda era una oficina, con dos taburetes y una mesa. ¡Y cortinas! Estaba desierta. Perfecto.

La mesa era un desorden de papiros y tinteros manchados, secos y en buen estado. Solo tuvo que esperar unos instantes para que prendiesen. Formó una pira amontonando otras cuantas piezas, que comenzaron a soltar un penacho de humo. En cuanto las llamas cobraron fuerza, Barrabás arrancó las cortinas y las sumó a la pila, provocando que el fuego se avivase al contacto con la tela. Acto seguido dirigió su atención a las banquetas. En un santiamén, quebró y redujo a astillas las patas del mobiliario. Eso proporcionaría el combustible necesario para mantener vivo el fuego.

Instantes después, salió de la habitación y se encaminó hacia la siguiente oficina, situada a cierta distancia y en el lado opuesto. Al llegar al final del pasillo, Barrabás se detuvo y volvió la vista atrás. Ya se oía el chisporroteo del fuego, y bastaba una somera mirada para reparar en las tenues volutas de humo que brotaban por debajo de algunas puertas.

Debía orientarse. Serviría de poco actuar al azar. Para asestar un golpe verdaderamente eficaz debía bloquear todas las salidas. Las llamas inspirarían miedo. Si lograba que cundiera el pánico entre los soldados que dormían en sus barracones, todos ellos se sentirían presos de un auténtico infierno. Incluso podría acabar de un solo golpe con media guarnición de Jerusalén.

Rezó en silencio, rogando a Dios que le diese unos pocos minutos para que las llamas se extendiesen de forma incontrolada. *Minutos*. Y la venganza sería completa. La victoria ya casi estaba al alcance de su mano.



—¿No hueles a humo, Marcus? —la voz de Gayo Claudius retumbó en el pasillo desierto.

—No. Probablemente venga de la ciudad.

—Parece más próximo, y más espeso. —Mientras caminaba, el bastón de mando, con su relieve de vides entrelazadas, golpeaba a Gayo en la pierna. Echó una mirada al báculo de Marcus. Era prístino, del brillante color de la juventud. Sonrió—. ¿Y bien? ¿Qué sientes al participar en tu primera guardia, centurión?

El puño de Marcus se atenazó en su bastón y Gayo advirtió el orgullo que brilló en los ojos de su ayudante:

—Me siento muy bien.

Al aproximarse a la puerta de guardia, Gayo se detuvo de golpe. Contempló, atónito, la visión que tenía ante sí. De inmediato, la cólera inflamó su corazón.

—Durmiendo durante la guardia —al decir aquello, su voz destilaba veneno—. Nunca pensé que vería llegar este día.

Marcus se quedó boquiabierto al ver la escena:

—Hasta esta noche, algo así solo lo conocía de oídas.

Echando la vista atrás, Gayo recordó su época de instrucción. También él había conocido aquello de oídas. Las historias siempre eran las mismas, y terminaban con horrendos castigos.

—¿Qué hacemos, Gayo? —la voz de Marcus tembló.

—Ve a despertar al sexto manípulo. Diles que releven al octavo —hablaba en un tono mesurado, evitando que la furia emergiese a la superficie—. Luego avisa a los carceleros. Diles que arresten al octavo manípulo y los metan en prisión.

—Pero esto no ha ocurrido nunca antes. Seguro que...

—No tengo elección, Marcus. La ley es clara al respecto; serán enviados a Cesarea para que se les ejecute por la mañana.

—Gayo, ten compasión. Todo el manípulo...

—¡No, Marcus! Sigo las órdenes de mi emperador, al igual que tú. Ahora he de despertar a estos haraganes y escribir mi informe.

Avanzó unos pasos y pateó al centinela en el costado derecho, haciendo que el golpe impactase en un punto situado bajo las costillas, cerca de los riñones. El cuerpo se desplomó sobre el costado, dejando

a la vista la túnica empapada y la mortal herida. Una mezcla de pánico y alivio se apoderó al instante de Gayo.

—¡Marcus! —gritó a su ayudante—. Estos hombres han sido asesinados. Da la voz de alarma.

Marcus no perdió el tiempo con preguntas estúpidas. El hombre agarró la trompeta que colgaba de la pared. Aquel toque lastimero llegaría a todos los confines del cuartel, apremiando a los soldados a que acudiesen a sus puestos. Escuchó hasta que oyó que, más allá, alguien repetía su toque. Momentos después el edificio comenzaba a rugir: el soñoliento ejército se ponía en pie como un fénix alzándose de sus cenizas.

Gayo llegó a la carrera al puesto del centurión. Allí, un grupo de soldados se hallaban alineados en el patio, esperando sus órdenes. Otros iban sumándose a la fila a cada segundo que pasaba. Gayo no perdió el tiempo en recobrar el aliento. Había que movilizar a los legionarios.

—Reuníos con el segundo y cuarto manípulos, y registrad todo el cuartel. Quiero encontrar a los intrusos. Marcus, ponte al mando del primer manípulo e incrementa la vigilancia en los calabozos. Puede que esto sea un intento de rescatar prisioneros. Haz también que varios hombres informen a los soldados emplazados en todas las salidas de que tenemos intrusos. Nadie puede abandonar el cuartel. Asegúrate de que todos los hombres estén alerta ante algún posible ataque procedente del exterior.

Un segundo toque de trompeta le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Alertaba de la presencia de un nuevo enemigo.

—Fuego —susurró Marcus, con un brillo de pánico en los ojos.

Gayo escuchó la repetición del toque de trompeta y comenzó a lanzar nuevas órdenes:

—Aulus, que tu manípulo se encargue del incendio. Sofocadlo cuanto antes y enconrad a los culpables. La insurrección de esta noche me la van a pagar con sangre.

Los soldados marcharon a obedecer sus órdenes. Gayo sintió una punzada de orgullo. Aquella era la precisión que engrandecía al ejército romano. No había el menor asomo de pánico. Solo la eficacia de una máquina que marchaba a pleno rendimiento para defenderse.

Una vez que todo quedó bajo control, se tomó un tiempo para reflexionar. ¿Qué era lo que no había tenido en cuenta? ¿Quién era aquel intrépido enemigo (o enemigos) y cuál sería su próximo movimiento?

Gayo se enorgullecía de su habilidad para ponerse en el lugar de sus enemigos y pensar como ellos lo harían. *Te encontraré. Y me ocuparé personalmente de que agonices en la cruz hasta que tu cuerpo derrame su última gota de sangre, pugnando por cada miserable bocanada de aire, antes de que puedas ver un nuevo atardecer.*

Mantén el control, nada más. De esa forma, los soldados ocuparán sus puestos y harán salir a los intrusos.

Marcus interrumpió sus pensamientos:

—Tenías razón, Gayo. Buscaban a los prisioneros. Cuando llegamos a los calabozos, ya habían eliminado a los centinelas. Uno está todavía inconsciente, y el otro parece que va a estar tosiendo sangre durante una semana.



De pronto, Barrabás se vio ante una nueva encrucijada. Los pasillos se hallaban ahora plagados de legionarios. Bajó la cabeza y se mezcló con aquel constante fluir de cuerpos, pero sabía que esa estrategia no le iba a funcionar mucho tiempo.

Ya había soldados formando filas y tomando posiciones. Cada hombre parecía conocer el lugar que le correspondía, y Barrabás se dio cuenta de que pronto resaltaría tanto como una ciudad sobre una colina.

Distráelos. Rápidamente, volvió sobre sus pasos. Recordaba haber pasado junto a las celdas hacía unos instantes. Solo había dos centinelas en el turno de guardia.

Entró en el bloque de celdas. Allí los guardias se hallaban en estado de alerta, preparados para enfrentarse a los intrusos. Se calmaron cuando vieron que el recién llegado era uno de sus compañeros.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó uno de los guardias.

Barrabás respondió, cortés pero tajante:

—Hay intrusos en el cuartel. El centurión cree que buscan a los prisioneros y ha enviado un contingente extra de centinelas. Los demás se nos unirán pronto: aún están combatiendo las llamas.

—¡Llamas! —exclamó el segundo guardia—. ¿Qué...?

No le dio tiempo a decir más. Barrabás lo golpeó embistiendo su casco contra la frente del centinela. El golpe le hizo recular y cayó tambaleándose sobre su compañero. Aprovechando que el segundo legionario perdía el equilibrio, Barrabás le dirigió un puñetazo al cuello, lo que provocó que ambos hombres cayeran desmadejados al suelo. Barrabás se agachó y revolió en sus cintos hasta que dio con las llaves. Abrió dos de las celdas y arrojó las llaves restantes a los prisioneros que escaparon de ellas, permitiéndoles así liberar a sus compañeros.

Al abandonar el bloque de celdas, vio que el tumulto se había apoderado del cuartel. Los soldados corrían de un lado a otro con cubos de agua para aplacar las cada vez más furiosas llamas. Otros, más metódicos, corrían de habitación en habitación, buscando a los intrusos. Dos soldados salían de una habitación llena de humo, transportando el cuerpo inerte de uno de sus camaradas. El rostro del hombre se hallaba terriblemente quemado y su cuello cubierto por lo que parecía una fina capa de polvo, que era en lo que se había convertido su pelo chamuscado.

No hay tiempo para regodearse en la victoria. Barrabás agarró un cubo y se precipitó hacia las escaleras que había al final del pasillo. Para entonces, el enemigo habría cerrado todas las salidas.

Plantéate todo cuanto tu rival haya podido pensar y haz algo que a él nunca se le hubiera ocurrido. Las palabras de su maestro resonaron en su cabeza. Debía moverse aprisa. No había lugar en el que ocultarse, o al que huir a la carrera, pero siempre podía volar. Se volvió en dirección a las escaleras. En el segundo piso, varios soldados corrían hacia él: eran cazadores en pos de su presa. Aquella planta ya estaba casi por completo despejada. No había nadie por detrás de los cazadores. Cerraban las puertas tan pronto habían registrado las habitaciones, estrechando de aquel modo sistemático la red entorno a su presa. Pronto, todos los legionarios se congregarían en el primer piso, el fuego se habría sofocado y el intruso sería descubierto.

Barrabás dobló cautelosamente la esquina, solo para ver más soldados dirigiéndose a la escalera desde aquella dirección. En el extremo opuesto había un nuevo grupo de cazadores, afanados en reunir más y más legionarios camino del sótano, lo que cerraba aún más la red.

Se escabulló en una habitación vacía, esquivando a dos legionarios que acababan de dar media vuelta rumbo a las escaleras. El lugar era otra oficina, con montones de papiros y tinteros para escribir.

Amontonó unos cuantos papiros y provocó un nuevo fuego. Aquel fino material no tardó en verse devorado por las llamas. Barrabás corrió de un lado a otro en busca de más combustible. Encontró algunas cestas trenzadas con hojas de palma, cada una de ellas lo suficientemente grandes como para cargar con un hombre. Minutos después la habitación era un infierno de abrasadoras llamas que lamían las paredes y el techo. Un humo acre anegó sus pulmones, lo que le suscitó un ardor atroz en la garganta y los ojos. Salió a trompicones de la habitación, jadeando para tomar aire.

—Rápido —gritó a los soldados que pasaron junto a él—. Necesitamos más agua.

Los soldados estaban bien versados en la lucha contra incendios. Enseguida formaron una línea, pasándose cubos de uno a otro para apagar las llamas.

—Tan pronto acabéis con esto, proceded inmediatamente hacia el sótano —ordenó un soldado veterano a los que combatían el fuego.

Barrabás vertió su cubo sobre las columnas de fuego, causando una explosión de siseante vapor y humo. Los hombres seguían pasándose más y más cubos. Los ojos de Barrabás recorrían la habitación de un extremo a otro, buscando el momento de escapar.

De pronto, la unión del agua y el fuego provocó un furioso estallido de vapor. Uno de los legionarios salió despedido a causa de la explosión. El hombre cayó al suelo con un chillido, agarrándose el rostro quemado, sin poder respirar. Sus amigos arrojaron los cubos al suelo y corrieron a ayudarlo. En aquella distracción momentánea, Barrabás se escabulló de la habitación.



Gayo meditó la información del legionario:

—¿No tienes idea de quién era?

—No, centurión. No pertenecía a nuestro grupo. Estaba solo, luchando contra el fuego, cuando nos pidió ayuda.

—Y nadie le vio alejarse del incendio.

—El fuego nos mantenía demasiado ocupados. Había humo por todas partes. Era imposible ver algo en la habitación. Solo nos dimos cuenta de que se había marchado cuando el fuego ya había sido extinguido.

—Gracias, legionario. Puedes regresar con tu destacamento.

Gayo maduró aquella información durante unos instantes y luego mandó llamar a Marcus:

—Haz correr la voz en el cuartel: el hombre que buscamos viste uniforme romano. Luego dirígete al exterior con tu manípulo y comprueba el perímetro del edificio. Vigila las ventanas del piso superior. Si aún está dentro, intentará escapar por ahí.

—Sí, señor. —Marcus ordenó reunir a sus hombres.

Gayo se dirigió a uno de los mensajeros que todavía tenía a su lado:

—Ve a la Antonia. Transmíteles estas órdenes, y aprisa. —Tendió al hombre una carta sellada.

El hombre abandonó el patio a la carrera, mientras Marcus reunía a su tropa. Gayo los observó mientras se marchaban. Luego se puso el casco y los siguió.



Con lentitud y cautela, Barrabás se abrió paso poco a poco hacia la cara norte del edificio. No había nadie por los pasillos y la realidad de su victoria comenzó a concretarse. El corazón le palpataba de excitación.

Estaba negro de hollín y apestaba a humo. El vello de sus brazos, chamuscado por el fuego, tenía el color de la harina, y el sudor empapaba el interior de su túnica. ¡Pero había ganado! Se sentía exultante de triunfo.

En la cara norte del cuartel, dio con una puerta abierta y entró en la habitación a la que daba paso. No había nada en ella, aparte de una mesa y algunas sillas. El suelo estaba decorado con un interesante mosaico, pero estaba demasiado oscuro como para distinguir el dibujo que formaba. Una tenue luz se filtraba por una única y diminuta ventana.

Pese a lo estrecha que era, Barrabás logró pasar por ella. Había asomado la mitad del cuerpo por la ventana cuando oyó unos pasos que se acercaban. Se detuvo en seco. Un grupo de legionarios desfilaba a lo largo de la calle, inspeccionando las ventanas del piso superior. Como un fantasma, volvió a fundirse con la oscuridad de la habitación hasta que los hombres pasaron de largo. Tan pronto escuchó que sus pisadas se perdían en la distancia, salió de nuevo y gateó hasta la cornisa. El segundo piso no estaba demasiado alto. Si se descolgaba por la cornisa, sus pies quedarían a unos diez codos del suelo.

No era poca caída, pero tampoco creía que el intento fuera a saldarse con un miembro roto. Se volvió con cuidado, sujetándose en la ventana para tener un punto de apoyo. Acto seguido procedió a arrodillarse, sin soltar para ello el interior de las paredes, evitando así caer de espaldas al asomar las piernas por el borde. Lentamente, fue descolgando el cuerpo hasta quedar suspendido de la cornisa, sujeto a ella únicamente con los dedos.

Solo entonces se dejó caer. El impacto hizo reverberar un dolor intenso hasta sus rodillas. Doblando las piernas, rodó para absorber el golpe. Se puso en pie con dificultad. Fue un aterrizaje perfecto, pero sentía el entumecimiento extendiéndose por sus tobillos y espinillas.

De pronto escuchó un grito infernal. Un cuerpo catapultado desde las sombras. Por el rabillo del ojo, Barrabás divisó el destello del acero rebanando la negrura. Giró para esquivar su mortífera trayectoria, desvainando al tiempo su propia espada para defenderse. Sin embargo, la caída había ralentizado sus reflejos, y sintió la hoja impactar en su peto.

La sorpresa hizo tambalear a Barrabás. Estaba exhausto tras su avance en el edificio y aún le dolían los pies a causa del impacto de la caída.

El manejo de la espada dependía exclusivamente del movimiento de los pies. Solo eso podía hacer ganar o perder un duelo, y el soldado que tenía delante no era un espadachín cualquiera. Ya desde aquel primer encuentro, reconoció en él a un guerrero ampliamente versado, que conocía su arma, rápido y competente.

—¡Quién vive! —exclamó una voz desde la oscuridad. El grupo de legionarios que previamente había pasado de largo se apresuraban a investigar el origen del alboroto.

—Soy yo, Gayo. He encontrado al intruso.

Dicho lo cual, atacó. Barrabás lo eludió con su espada y embistió el lado desprotegido de Gayo. El soldado levantó su espada en un movimiento defensivo, bloqueando el ataque. Atacó el arma de Barrabás, desviándola a un lado, y embistió el hueco que su golpe había dejado expuesto. Barrabás se movió tan aprisa como pudo, pero sentía las piernas torpes. Evitó el mandoble, pero era imposible luchar de igual a igual.

Los restantes soldados se hallaban a solo unos metros. Pronto se vería superado. Toda su atención se mantenía fija en el centurión, Gayo. La menor distracción podía costarle la vida. Escapar era imposible, y lo mismo cabía esperar de enfrentarse a diez u once hombres al mismo tiempo. Todo estaba perdido, y aun así, como azotado por las oleadas de fuego que procedían de las ventanas del sótano, Barrabás decidió luchar. Si tenía que morir, moriría luchando.

Clavó su mirada en la de su enemigo. Podía ver el odio en los ojos de Gayo, aunque era un odio que encontraba un apropiado reflejo en los suyos. El de Barrabás era el odio hacia Roma, aquel amo cruel y opresor. Era el odio hacia un imperio que había invadido sus tierras y aplicado terribles impuestos a la indefensa nación judía. Era el odio hacia aquel emperador que había llevado hasta Judea a un ejército pagano, corrompiendo al pueblo de Israel con monedas idólatras que portaban en su haz el rostro de gobernantes impíos. Y, con todo, su odio era mucho más personal. Y lo suscitaba algo que iba más lejos que unas caras acuñadas en unas monedas.

A fin de defenderse, Barrabás dirigió su espada al interior de la guardia del centurión y atacó. El soldado se apartó con un hábil giro, pero no sin que antes la espada de Barrabás hubiera trazado una fina línea en su estómago, de la cual comenzó a manar sangre. El corte carecía de gravedad, pero hizo que el hombre montara en cólera. Se abalanzó sobre Barrabás como un león hambriento, suelto en la arena. Toda cautela se vio sometida al irresistible deseo de matar.

Fue entonces cuando los hombres de Marcus llegaron hasta ellos. Rodearon a Barrabás, tratando de separar a los dos rivales, que se hallaban enzarzados en plena lucha. La tenue luz arrancaba a la espada de Barrabás destellos de nácar. Cayó uno de los soldados, pero Barrabás no ignoraba que era él quien iba perdiendo. Pronto los romanos le

someterían y desarmarían, y no le quedaría otro remedio que rendirse al destino que el prefecto decretase. Probablemente la tortura; sin duda la muerte.

Mientras libraba su propia guerra con Roma, advirtió una sombra huidiza al otro lado de la calle. En silencio, diez hombres emergieron de la plaza del mercado y se abalanzaron sobre el grupo de soldados. Se movían sin hacer ruido y con mortal propósito. Simeón, su hermano, y su pequeña banda de guerreros zelotes atacaron el flanco de los soldados. Una sensación de alivio inundó a Barrabás. Los legionarios no habían visto ni oído el ataque. Aquello los había cogido totalmente desprevenidos. En la confusión, encontró una oportunidad inmejorable para escapar. Embistió a Gayo una última vez, pero sus camaradas ya lo estaban apartando de allí:

—Déjalo, Barrabás; vivamos para combatir de nuevo.

Aprisa, los zelotes se batieron en retirada y desaparecieron en el mercado. Barrabás se volvió, reluciente, y siguió a sus camaradas hacia las sombras.



—Centurión, estás herido. —Marcus mostró su preocupación.

—No es más que un rasguño. Aún viviré muchos años más. —Gayo aguzó la vista en dirección al mercado, por donde el grupo de zelotes había escapado. El esfuerzo de la batalla le hacía resollar, y sentía punzadas allí donde Barrabás le había alcanzado con su espada. *Barrabás*. No olvidaría aquel nombre—. Que tus hombres rodeen el mercado por la derecha. Marcus, tú irás por la izquierda. Asegúrate de que no vuelven sobre sus pasos. El resto podéis venir conmigo.

Se volvió y dirigió a su grupo hacia la plaza del mercado. El resto de los soldados ya se estaba dispersando, tratando de bloquear todas las salidas.



Barrabás corrió por el mercado, guiando a sus hombres en dirección norte en un intento desesperado de alcanzar la salida hacia la liber-

tad antes que sus perseguidores romanos. Corrió entre los puestos vacíos, trazando el laberinto de estrechas avenidas y callejuelas.

—¿Crees que lo lograremos? —Judas jadeaba mientras corría.

—Deberíamos. Esta es la ruta más directa —replicó Barrabás. Tenía los ojos clavados en la calle que se extendía ante él.

—¿Y si no?

Silencio. Barrabás no tenía la menor intención de contemplar esa opción. Tras él podía escuchar los briosos pies de sus perseguidores, siguiendo su rastro a través de la plaza del mercado.

Corría a ciegas, siguiendo el trazado de aquel laberinto más por instinto que por astucia.

—¡La salida! —la voz de Judas estalló jubilosa—. No hay nadie.

Corrieron en tropel hacia allá, apresurándose en llegar al lugar que representaba la salvación. Barrabás percibía el optimismo de sus hombres. Un momento después, varios soldados afloraron por ambos lados, obstaculizando su camino a la libertad.

Barrabás sintió que su corazón desfallecía. ¿Cómo era posible? Nadie podía haber llegado allí tan aprisa.

—¡Deteneos donde estáis! —bramó una voz procedente del grupo de romanos—. La plaza está cercada. Todas las salidas han sido bloqueadas.

Barrabás, boquiabierto y desesperado, vio cómo la entrada se atestaba de soldados. En su interior, la rabia se le arremolinaba como la bilis, anegando su alma y su visión. Tendría que haberlo sabido. El mercado era la ruta de escape más obvia. Gayo debía haber despachado a sus soldados para que cerrasen todas las salidas en el mismo momento en que escuchó el toque de trompeta.